

indujeron á que, desde los primeros pasos, se acudiese al renombrado Cordelero, poniendo en sus manos el asunto.

—Adelante, señores—me apresuré á decir.

Mi casa es una cómoda vivienda de soltero que ocupa posición desahogada y tiene gustos de arte y literatura. Está en perfecto orden, y mandé al criado Remigio, y á su mujer Teresa, mis dos antiguos y leales servidores, que franqueasen mis habitaciones. Los dos sirvientes tenían caras de desenterrados, en que se traslucía sin disimulo su terror á la justicia. Obedecieron, taciturnos, y entregadas mis llaves, fueron abriendo puertas y muebles. Harto debían de saber que allí no se había cometido ni sombra de acción criminal, y, sin embargo, comprendí el temblor de sus almas. Registramos el comedor, el saloncillo, un gabinete donde tengo el piano, la cocina, las dependencias. Todo revelaba una vida pacífica, legal. Subimos al segundo: allí están los dormitorios y el baño. Fuimos derechos á mi alcoba, donde guardo mis papeles, en un secreter Imperio, cuya llave presenté al Juez. Mientras éste la hacía girar, Cordelero, que permanecía en segundo término, se acercaba á la ventana, y rápido, recogía del suelo un paquete.

—¿Qué es esto?—preguntó, como si hablase consigo mismo.

Me volví, y vi con extrañeza un envoltorio cubierto de tela oscura y amarrado con cinta negra, de seda.

—¿Qué es esto, Teresa?—pregunté á mi vez,

dirigiéndome á la criada—¿Quién de ustedes puso ahí ese envoltorio?

—No sabemos qué es, señorito. No lo hemos puesto.

Cordelero colocó el paquete sospechoso, muy cuidadosamente, encima de la mesilla donde suelen servirme el desayuno, y me interrogó con la mirada antes de desatarlo.

Al signo afirmativo que hice, soltó los nudos de la cinta, separó la cubierta de percalina sedosa, y apareció un abrigo de paño, fino y elegante de corte, muy doblado, y dentro de él varios objetos: una cartera olorosa, de cuero inglés, un pañuelo, un reloj extraplano con su cadena, unos botones de pechera (ojos de gato y rubies «calibrés»), unos guantes blancos, una petaca lisa con trébol de esmeraldas.

El juez me miraba más encapotado que cielo de tormenta.

—Cordelero—supliqué—, voy á pedir á usted un favor. Este hallazgo extrañísimo debe aprovecharse, venga de donde viniere. No toque usted á los objetos de metal y cuero. Es del mayor interés que se tomen las improntas digitales que sus superficies conservarán, de seguro. La huella de los dedos del criminal ó de su cómplice está ahí.

El policía me miraba con expresión mixta de triunfo y de asombro. Para él era aplastante contra mí aquello de haber descubierto en mi casa el abrigo y los efectos de la víctima, después de hallarse su cuerpo en el solar. Y, á la vez, comprendía que mi observación era exacta

y conforme al último figurín policíaco: allí estarían las improntas, las huellas de las yemas del asesino.

—No se tocará...—barbotó—. Señor Juez, hay que tomar nota de lo que aquí aparece...

Adelantóse el criado Remigio. Su voz la entrecortaba y la empañaba un sentimiento de indignación,

—Con licencia de usía, señor Juez, ese paquete lo han tirado desde el solar á este cuarto: que me degüellen si no es así (y se pasaba la mano, de refilón, por el pescuezo). El señorito nos tiene mandado que la ventana de su dormitorio esté abierta siempre. Ya le tengo dicho que un día le darán un disgusto, que ese solar es muy mala vecindad; pero quien manda, manda. El dice así, dice:—Más quiero que un día me roben, que respirar siempre aire malo—. ¿Verdad, tú, Teresa, que es lo que dice el señorito? Y hoy, cuando vine á cerrar, de noche (tan cierto como que soy Remigio Camino y nací en Lugo), entré á obscuras y sólo con la vislumbre de la luz del pasillo, cerré y me salí. El paquete lo tiraron desde fuera, y estaría ya dentro.

La explicación del fámulo tenía todas las trazas de verdad. Miré á Cordelero con sonrisa irónica. El apartó la cara, malhumorado. «¡Mi pista» era tan lucida, tan aparatosa, tan cómoda! Siendo yo el asesino, no había que quebrarse los cascos ni riesgo de plancha policíaca. Ya me tenían entre sus uñas...

Terminado el registro, y sellados, por indi-

cación mía, los papeles, me volví hacia el Juez.

—Desearía—rogué—hablar con usted y con el Sr. Cordelero, reservadamente, un cuarto de hora.

Salieron los comparsas—escribano, criados, el policía que secundaba á Cordelero—y ofrecí asiento á mis interlocutores.

—En estas primeras diligencias—afirmé—se ha perdido un tiempo precioso, y lamento no haberme quedado á presenciar el levantamiento del cadáver por el Juez de guardia. En el solar se habrían podido descubrir huellas del pie de los asesinos, que trajeron ahí el cuerpo desde el sitio en que se cometió el crimen.

—¿Por qué dice usted asesinos?—rezongó el policía—. ¿Está usted convencido de que son varios?

—Son lo menos dos, hombre y mujer. Y figúrese usted lo que valdría sorprender las huellas de un gentil piececito. ¡Ahora ya es inútil: cien pisadas las borraron! En fin, al grano, señores. Ustedes parten de la idea que yo soy el culpable. Hace unas horas, no lo extrañaba: no existía más apariencia que la mía; lo reconozco. Pero ahora, después de que han aparecido en mi dormitorio el abrigo y demás prendas de la víctima, hallo sumamente cándido que no hayan ustedes cambiado de rumbo. Para quien tenga nariz, tal hallazgo es prueba refulgente de mi inocencia. Recuerden ustedes que yo mismo pedí el registro, y vean si, de ser culpable, no hubiese lanzado el paquete á una alcantarilla, que es lo de rigor. Sr. Cordelero,

le creí á usted más largo. Todo esto viene de que la Prensa, por la mañana, empieza á asirse á mí, y abunda en reticencias acerca de dos hechos: que yo descubriese el cadáver, y que mi casa lindase con el solar. La turbamulta me cree culpable; y los verdaderos culpables, en vista de eso, y de que estas prendas les comprometían, han discurrido venir á boca de noche á meterlas por mi ventana. Probablemente su plan era dejarlas en el solar; vieron la ventana abierta, é hicieron puntería. Y se fueron riendo. Se fué riendo, debo decir, porque no vendría sino uno. Esto reviste un carácter de trama burda, que no puede engañar á un funcionario judicial ni á un policía tan experto.

Cordelero no sabía lo que le pasaba. La evidencia de mis observaciones le confundía. Entreveía un mundo de ciencia policiaca y una escuela de arte á la europea, que le avergonzaban por no conocerlas.

—¿Por qué dice usted—preguntó—que los criminales son un hombre y una mujer?

Me di el gustazo de desafiarle con un sonreír compasivo; y el Juez se precipitó, deseoso de manifestar que comprendía más que el desconcertado sabueso.

—¡Porque... amigo Cordelero, eso se cae de suyo! La víctima ha sido asesinada estando en la cama... Y como no fué asesinada en el hotel donde vivía, mujer tuvo que andar por medio...

—Mujer anda por medio siempre—afirmé—pero á veces se queda entre bastidores. Aquí,

me atrevo á jurar que tomó parte activa. Ese paquetito fué liado por una mujer. El pedazo de lustrina que lo envolvía no es cosa que tenga en su casa ningún hombre; sólo las mujeres conservan retales así en sus armarios. Acaban ustedes de ver los míos. No se parecen á los de una dama. La cinta es un accesorio que tampoco guarda ningún hombre. ¿Qué dice usted, Cordelero?

—Usted me permitirá—contestó involuntariamente mortificado—que me reserve mis impresiones.

—Resérvelas enhorabuena. Yo juego limpio y le doy á usted los triunfos. Los señores asesinos, sean quienes fueren, se han permitido procurar que recaigan en mí las sospechas. Voy á barrerles la telaraña: voy á descubrirles, y esto ha de ser en plazo breve. A lo sumo... invertiré tres días, á contar desde este instante. Y si cumplo mi propósito (que lo cumpliré), deseo que recaiga en el Sr. Cordelero toda la gloria. Diré á quien me quiera oír que fueron ustedes, el Sr. Cordelero y el digno señor Juez, los que alumbraron las obscuridades de la instrucción. En cambio, impongo dos condiciones. La primera, que trabajen, cuanto más mejor, por establecer mi culpabilidad. La segunda, que me averigüe usted, Sr. Cordelero, esta misma noche, por los medios que tiene á su alcance, los nombres y el género de vida de las personas que habitan en las casas de las dos calles que desembocan en ésta. A los moradores de mi calle les conozco, y sé que no hay nada que

aprovechar por ahí. Si usted tiene la bondad de traerme la relación mañana por la mañana, á medio día me pondré en campaña... y milagro será...

—La proposición me parece razonable, Cordelero—intervino el Juez—. Selva no puede hacer más.

—Y vigile usted mi casa y mi persona entretanto; no se me ocurra escaparme al extranjero—añadí con el gesto de fina chunga que me placía adoptar—. Pero active esto de la lista. Y si usted no pudiese hacerlo, lo haré yo..., sólo que entonces necesito un día más.

Cordelero protestó.

—¿No se ha de poder hacer? ¡Inmediatamente!

Parecía un perro que no sabe si le ofrecen un hueso ó un latigazo.

Mis criados declararon á su vez. Creyeron hacer una habilidad encerrándose en monosílabos y medias palabras.

IV

La noche fué agitada, como la anterior, y volví á soñar cosas incoherentes, no sobre el crimen, sino sobre la insignificante incidencia del teatro de Apolo. Veía á Andrés Ariza precipitándose contra mí con el puño cerrado, en el cual, como si fuese un apache, ocultaba una

llave inglesa armada de un pincho agudo, de esos que causan herida mortal. Cuando yo iba á gritar «¡socorro!», Ariza escondía la mano y me tendía la otra, dándome mil satisfacciones. La pesadilla duraba aún al entrar Remigio, con la misma cara larga de la víspera, á anunciarme que ya estaba ahí «ese señor».

—Que entre, hombre... No estés tan afligido, no nos ahorcan... Y tráeme el desayuno.

Siempre ceñudo, Cordelero sacó su lista, é intentó leerla. Un movimiento mío le detuvo.

—Tengo que pedir á usted mil perdones; le hice trabajar demasiado y en balde. Debí decirle que no eran necesarios nombres ni informes de los inquilinos que viven con su familia, y son gente respetable y formal. Permítame usted—añadí cogiendo la lista—. Don Antonio Díaz Otero y señora..., no hay caso. Marquesa de la Islaverde..., esa señora viuda y caritativa..., tampoco. Conde de la Baldía..., setenta años, reumático..., menos. General Escalante. ¡Bah! El General es una persona muy seria. A ver, á ver... Aguarde usted... Doña Julia Fernandina... ¿No es ésta la que llamábamos Chulita Ferna, la famosa hija del Conde de la Tolvanera? Chulita... ¡Vaya! ¿En el número 15? Espere usted... Bueno. Mil gracias, Sr. Cordelero. Si usted me lo permite, guardo esta li ta, y me voy derecho al hotel de Londres, donde la víctima se hospedaba.

—Ya se han hecho allí averiguaciones. No me toca exponérselas á usted; pero eso á mí no se me escapó, Sr. de Selva.

—Lo supongo. Pero, en fin, amigo, más ven cuatro ojos que dos. Lo que le suplico, en cumplimiento de lo estipulado, es que me acompañe al hotel, para que no tengan reparo en facilitarme indicaciones. Es más: si usted quiere, será usted quien dirija las preguntas. Ya sabe usted que toda la gloria del descubrimiento, en el Sr. Cordelero recaerá.

Me miró, entre zaino y escamón, y se atusó el hispido bigote.

—Lo que encargo es reserva—añadí—. ¡Un cuidado infinito con la Prensa! ¡Sobre todo al principio! No convienen espantalebres. Deje usted que sigan acusándome. Nada de nuevas pistas.

Me arrojé de la cama; me vestí en un vuelo, y salimos por una puertecilla que se abría sobre el diminuto jardín de mi hotel y comunicaba con otra calle. Y bien nos avino, pues ante la verja hacían centinela tres reporteros de diarios, que vanamente habían intentado corromper á Remigio y llegar hasta mí.

En el hotel de Londres preguntamos por el dueño. Salió solícito, y se puso á nuestras órdenes.

—Ya estuvo aquí el señor ayer, horas después del crimen—advirtió señalando á Cordelero—, y ha preguntado mil cosas... En fin, vuelvan á preguntar, que la verdad diremos. Nuestro afán es que todo se averigüe. ¡Pobre señorito Paco, tan simpático! Hay que reprimir la «inmoralidad»; los tiempos están perdidos!

Cuando habló así el hostelero, ponía yo en

tensión mis facultades, y, allá en lo recóndito de mi sér espiritual, sentía algo tan anómalo, que apenas acierto á definirlo. Era como si la intuición confusa y vaga cristalizase de repente, y su punta afilada me hiriese, arrancándome un grito. «Ahí, ahí», parecía que exclamaba, en la sombra, una persona desconocida, distinta de mí mismo. La inspiración debe de revelarse en tal manera, por una especie de dolor exaltado, al impulsar á los actos que no tienen que ver con la razón, con sus cálculos lentos y sus vuelos cortos. De este escondido fondo psicológico salió la voz que pronunció, como en sueños:

—Es cierto; le han preguntado á usted mucho; pero es preciso completar la indagatoria, enterándose de cuándo vino aquí por última vez á visitar ó buscar al señorito Grijalba, ese amigo suyo..., el señorito de Ariza.

¡Verdad que viene de lo alto, verdad suprema! A mi interrogación, lanzada al azar, desde lo desconocido, el fondista, con la mayor naturalidad, respondió:

—Deje usted que recuerde... El caso de la muerte del señorito Francisco ocurrió un lunes... El sábado había estado aquí el señorito de Ariza, pero no subió; mandó recado de que el otro bajase. Por eso me enteré.

—¿Venía mucho?—insistí, tembloroso, radiante.

—No, señor... Venía rara vez... Pero, ¿se pone enfermo el señor? Tiene un color muy «malismo».

—¡Quiá! Es que encuentro muy frío este locutorio. Siga, siga, ¿dice usted que venía poco? El caso es que se veían.

—Como verse, no digo que no se viesen. Yo sólo me entero de lo que pasa aquí; fuera, cada huésped tendrá sus amistades.

—¿Qué negocios traía ahora el señorito Paco? ¿Lo sabe usted?

—Vamos, como saber de fijo, de fijo..., no. Pero serían, como siempre, de esa Sociedad, la Azucarera, que representaba. Ya, otras temporadas que estuvo, trabajó en recoger créditos.

—¿Sabe usted si las sumas que cobraba las giraba á Málaga, ó las depositaba en alguna parte?

El fondista trató de hacer memoria.

—De eso me preguntó también el Sr. Corde-
lero... Yo, ciertamente, no sé... Lo único que puedo recordar, es que pedía á veces comunicación por teléfono con el Banco. En el Banco debía depositarlas.

—¿Puedo ver la habitación del muerto?—interrogué.

—Está sellada por el Juzgado — advirtió el policía, severo—. Sin autorización...

—En ese caso, retirémonos. Poco fruto ha dado esta indagatoria—agregué hipócritamente.

Corrimos al Banco. Una fiebre dulce encendía mis venas. En vano me dirigía á mí mismo exhortaciones para moderar la fantasía, para no agigantar las cosas. El júbilo de hallar el nombre de Ariza mezclado en el sombrío drama, me enloquecía. Desde el primer momento,

como guió á los Magos una estrella, me había guiado á mí la gota de sangre. A su rojo brillo, ¡qué de horizontes! El negro crimen parecía esclarecerse ya. Y no obstante, ¿qué había averiguado yo de positivo? Que Ariza, como otros muchachos alegres de Madrid, era amigo de la víctima... Y no más; ¡y bastaba! Porque la fatalidad parecía haber puesto á Ariza en mi camino, y él, temerario, había cruzado su destino con el mío, igual que se cruzan dos espadas de combate...

En el Banco, el Director nos recibió, después de hacernos esperar un poco.

—Comprendo—dijo con verbosidad, después de los saludos y primeras frases—por qué interviene usted en este asunto, Sr. Selva; una serie de funestas coincidencias le pone en el caso de vindicarse. Para mí, está usted vindicado. Si fuese usted culpable, el muerto no habría sido encontrado nunca en el mismo solar que linda con la casa de usted.

—Gracias por esa opinión, Sr. Director. La policía piensa lo mismo, puesto que me permite asociarme á sus trabajos.

—Que serán muy arduos. Rodean á este crimen sombras tales...

—No lo crea usted. Las sombras no están en los crímenes, sino en los entendimientos. Apenas hay crimen sin rastros claros y elocuentes. Muy poco tardará en descubrirse el que ahora nos preocupa. Faltan algunos datos. Necesitamos saber qué sumas ingresó aquí la víctima.

—Tres veces, en quince días, trajo partidas considerables. Todo se transfirió á la cuenta corriente de la Sociedad anónima, en la sucursal de Málaga. En total, importaría lo ingresado unas cien mil y pico de pesetas.

—¿Cuándo ingresó la última cantidad?

—Aguarde usted...

Pidió la fecha por teléfono á las oficinas, y la respuesta fué que seis días antes del crimen.

—¿Cree usted, señor Director, que Grijalba hubiese hecho efectivos ya todos sus créditos atrasados?

—No lo creo. Se hubiese vuelto á Málaga.

—Importa mucho precisar ese detalle. No necesito sugerir el por qué á una persona que tan sagazmente sabe hacerse cargo.

El Director se acercó al teléfono nuevamente, y dió una orden.

—Que venga el señor Durán.

Momentos después, el señor Durán se presentaba. En su ceceo, en su habla graciosamente contraída, revelaba ser paisano del muerto.

—Señor Durán—instó el Director—, perdone que le molestemos, pero los señores, aquí presentes, tienen que hacer algunas averiguaciones respecto al crimen de la calle de...

Durán se encogió de hombros.

—Eze crimen poco tiene que averiguá... El criminal es Zelva; ¿quién va á zé?

Hice disimulada seña al Director de que callase, y sonriendo afablemente, asintió:

—Entendemos como usted que el criminal es Selva. Todo le acusa; pero el deber nos impone

que esclarezcamos algunas particularidades. ¿Era usted amigo del muerto?

—Venía á vese á consultarme, porque yo conosco á tó Málaga y á toa la gente de negocio de aquí.

—¿Había realizado el Sr. Grijalba la totalidad de sus créditos?

—No, señó; digo, si me diho la verdá. Siento veintisinco mil y ochenta peseta había realisao, pero el taho de cobro era mayó. Le quedaban por realizar unas siento setenta y do mil.

—¿De un solo deudor, ó de varios?

—Epérese uté... De la casa Bordado y Compañía. Parese que andaban mu reasios. Había diferencias de apresiasión en el totá del crédito.

—¿No sabe usted si pagaron al fin?

—Lo vamo á sabé ahora mimo, si el señó Diretó me permite que telefonee tomando su nombre...

—Desde luego...

—Mil cuarenta... Bordado... Al jabla, bien... Pregunta el señó Diretó del Banco si se hiso efetivo el crédito que contra esa casa tenía la Sosiedá Asucarera de Málaga... ¿Ah? ¿Que ya comprende á qué viene la pregunta? Perfectamente, algo de eso habrá... ¿Que sí? ¿Cuándo? ¿Eh? ¿Er lune? Aguarde uté... ¿A qué hora? ¿A las tré de la tarde? Grasia... Un horró, pobresiyo Grijalba... ¿Que etán ahí los documento justificativo de que Grijalba cobró y que puén verse? Ya lo suponemo; ¡una casa tan respetable como utés! Perdonen... Grasia.

—¿Qué tiene usted, Sr. Selva?—exclamó

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

aturdidamente el Director—. Se ha puesto usted muy encarnado... ¿Se siente usted malo?

—No, señor... Es lo contrario. ¡Es alegría! Recuerden ustedes bien lo que acaban de oír: las ciento setenta y dos mil pesetas las hizo efectivas el Sr. Grijalba el lunes, día de su muerte, á una hora en que no podía ingresarlas en el Banco ya.

Al volverme hacia Durán, para encargarle la buena memoria respecto á un extremo grave y de cuantía, le vi tan azorado y confuso que me eché á reír, pues me rebotaba la satisfacción orgullosa.

—¿Qué es eso, Sr. Durán? ¿Está usted cohibido porque acaba de enterarse de que soy el Selva, á quien usted considera autor del crimen? No se apure, ¡qué tontería! Yo, desde afuera, diría lo mismo que usted. Lo bonito de estos casos es que parezcan una cosa y sean la contraria. ¿Verdad, señor Cordelero?

V

Me despedí del enfurruñado policía, y volví á pie á mi casa, suponiendo que no me perdería de vista, desde lejos. Durante el no muy largo trayecto, hervía mi imaginación reconstruyendo la historia de la única mujer de la vecindad que podía haber intervenido en el su-

ceso. ¡Julia Fernandina, Julia Fernandina!...

Era hermana de la actual Condesa de la Tolvanera; pertenecía á familia virtuosa, muy grave, muy ilustre... ¿De dónde? ¿De Andalucía? Sí, de Andalucía... ¡Hasta juraría yo que de Málaga!... ¿Cómo Julita, la niña de la mejor sociedad, se había convertido en la Chulita Ferna, astro de la galantería equívoca? Como sucede en estos casos: empezando por el amor juvenil, loco, pero sagrado, y acabando por el vicio y la decadencia... A los veinte y tantos años, escandalizando á la «high life» andaluza, la aristocrática joven se fugaba con un maestro de francés. En París abatieron el vuelo los tórtolos. De la vida parisiense de Chulita se contaban horrores. Su padre hizo cuanto pudo por desheredarla, pero al morir agobiado de vergüenza, algo de su cuantiosa hacienda quedó á Julia, que vino á Madrid y se montó con lujo. Ninguna señora la trató, pero hubo dos ó tres como ella, caídas y expulsadas de la sociedad, que asistieron á sus tertulias, en compañía de bastantes «muchachos de la crema», y de conspicuos aficionados al género. Diversos hijos de familia, y aun padres de lo mismo, se gastaron con Chulita un riñón. Después empezó á palidecer su estrella, aunque no cambió su conducta; sólo que en vez de exhibirse en fastuosos trenes, vivía casi en el retiro, como viven, en la linde de los cuarenta, muchas de estas que podríamos llamar monjas recoletas del demonio. No por recoleta haría penitencia. Seguía desplumando á los pájaros gordos y con

enjundia si los encontraba, y asociada á algún mozalbete. ¿Quién era el socio más reciente? ¡Si yo estaba seguro de haberlo oído en la Peña!

Mi memoria se tendía como una cuerda de guitarra cuando aprietan la clavija. Evocaba el tipo de belleza de Chulita, menudo, delicado, cuerpo de una gracia serpentina, cabecita pequeña, género Goya, del que ahora se llama «inquietante». Sus ojos eran flechadores y ojerosos, y al ensalzar sus encantos, más ó menos íntimos, se solía detallar su pie, muy arqueado y estrecho. Lo que tenía yo presente era la boca, cruenta en el rostro descolorido. Aquella boquirrita bermeja me había sugerido, en ocasiones, ideas no muy santas. Actualmente, la semejanza de la boca con una herida fresca, me recordó las dos del cadáver de Grijalba, el pecho blanco, juvenil, con agujeros lívidos. ¿Sería en casa de Chulita donde el crimen se había consumado?

Por un momento, y á pesar de los éxitos ya conseguidos, comprendí que me había excedido al comprometerme á poner de manifiesto, en tres días, la urdimbre de la negra tela. Mientras me desalentaba, en los rincones de la subconciencia seguía trabajando el recuerdo. El fonógrafo en que archivamos las impresiones pugnaba por emitir una; ansiaba hablar. El fenómeno era curioso: algo que tenía olvidado, porque cuando lo oí no revestía para mí importancia, al adquirirla ahora tan capital, sordamente volvía á la superficie.

Me veía en la Peña, á la una de la madrugada, soltando distraídamente los diarios, mientras que á mi lado, clavel blanco en ojal y cigarro en boca, Manolo Lanzafuerte y Pepito Arahál charlaban, como siempre, de mujerío. Mezclábanse allí los recatados deslices de altas damas y nobles dueñas, con las públicas aventuras de busconas y daifas; se recontaban ruinas, escándalos, daños, campanadas estrepitosas y mansos acoquinamientos. Y el nombre de Chulita salió á relucir.

—¿Chulita Ferna? ¡Hombre, pues es verdad! Desde que ha tronado con Perico Gonzalvo, no se sabe...

—Estará con algún pollete. Gonzalvo es ya tan viejo que no puede con el rabo, y, además, no hay guita.

Intervenía entonces Tresmes, el escéptico Tresmes, que daba siempre la nota del desengaño, y murmuraba, burlón:

—Con un pollete está, porque cuando se ponen fondonas...

—¡Fondona Chulita!—protestaba Arahál—. Hombre, no entiendes el asunto... La he visto anteayer; iba en un cochecillo, hacia el Hipódromo. Había que quitarse el sombrero. Más guapa que nunca. Es de las aniñadas; tiene un secreto. No representa ahora arriba de veintiséis años.

—Pues, hijo, échala encima quince ó veinte.

—Los que os dé la gana. Eso de la partida de bautismo es pamplina para los canarios. La edad de las mujeres está en la cara y en la serranía,

Chulita vale por doce de esas niñas peinadas á lo serafín, que saben á calabaza cocida. ¡Es mucha hembra!

—¿Por qué no te has arreglado con ella tú?— preguntó con fisga Tresmes.

—¡Ay, ay!—gimió Arahál imitando el cante jondo—¿Sois simples como pájaros fritos, ó sois desmemoriados? Chulita, para mí, pertenece á la historia antigua... ¡Si estáis hartos de saberlo! No digas que no, Manolo.

—¿Y por qué la dejaste?

—Porque llegué á tenerla miedo...

—¿Miedo?

—Yo me entiendo... Es temible. Derrite el dinero y derrite el tuétano. Bueno es que no sean de pasta flora; los ángeles, para el que le gusten; pero tanto, tanto... En fin, si os queréis enterar...

—¡Bah! Enterados estamos, hijo... Que diga Tresmes, ya que lo sabe, quién es el de ahora.

—Que lo diga... Que lo diga...

—¡Que lo diga!—cavilaba yo, ansioso, con la fatiga del que olvidó lo más interesante... Y, como centella deslumbradora, después del momento congojoso, el nombre saltó, brotó con ímpetu...

—¡Andrés Ariza! ¡Andrés Ariza!

Me quedé absorto. Me paré, me recosté en una esquina. Todo se confirmaba. Ya no podía quedarme ni sombra de duda, ni señal de incertidumbre. Veía el crimen como si lo estuviese presenciando: en sus móviles, en su trama, en su desarrollo. Era la gradación clásica de la

caída moral, hasta las profundidades abismales. La pareja apurada por ahogos de dinero; las combinaciones infructuosas para granjearlo; la hipótesis criminal empezando á agitarse y rebullir, como insecto venenoso, en su pensamiento; la llegada del amigo provinciano, que viene á realizar fuertes sumas, créditos de importancia, y es fácil de atraer, porque acaso desde hace tiempo le envuelve el hechizo de Chulita; la emboscada preparada para el instante en que el dinero no puede ingresar en el Banco; los pormenores del hecho atroz, el velo de misterio que se tiende, espeso y tenebroso, en derredor de la verdad... ¡Y todo lo había yo descubierto, sólo con la fuerza de mi instinto, con el romanticismo de mi fantasía, combinando los sucesos reales, visibles, para encontrar la clave de los recónditos!

No se trataba ya sino de confirmar lo adivinado. Para ello tenía yo que jugar un poco al «detective» y servirme de medios un tanto extravagantes, con espíritu de novela jurídico-penal. El primer paso consistía en la entrevista con Chulita Ferná. Lo que esa entrevista hubiese de ser me lo dictarían las circunstancias, la casualidad amiga, el azar, terrible numen que tanto me iba protegiendo.

En mi situación, ¿qué haría un «detective» profesional? La cosa es obvia: empezaría por disfrazarse.—Apenas lo hube imaginado, empecé á dar vueltas á la idea del disfraz. Quería uno que me permitiese recobrar mi personalidad á todo momento, sin la ridiculez de la